

BOLETIN ECLESIASTICO

DEL ARZOBISPADO

DE TOLEDO.

PARTE NO OFICIAL.

NOS EL DOCTOR DON FERNANDO DE LA PUENTE

Y PRIMO DE RIVERA, por la gracia de Dios y de la Santa Sede Apostólica, obispo de Salamanca, prelado doméstico de Su Santidad, asistente al Sacro Sólido pontificio, caballero gran cruz de las Reales órdenes españolas de Carlos III y americana de Isabel la Católica, predicador de S. M., etc. etc.—Al clero y pueblo de esta nuestra diócesis salud y bendición en Nuestro Señor Jesucristo.

«Una de las principales glorias que ha sabido conservar esta nación católica al través de las vicisitudes de los siglos, es su devoción constante, y cada día mas fervorosa hácia la Virgen Santísima la Reina de los Cielos, Madre y Señora nuestra. Apenas se puede dar un paso por todo el ámbito de nuestra península sin tropezar con algun monumento que atestigüe la antigüedad de esa devoción. Por todas partes encontramos templos consagrados á su culto, capillas particulares donde se reúnen sus devotos á festejar á esa Señora: imágenes milagrosas que la piedad de nuestros padres supo preservar de la sacrilega profanación de las hordas agarenas, y dejar en herencia á sus hijos, enriquecidas con los testimonios mas profundos de su amor y de su veneración. No es nuestra diócesis, ciertamente, la que menos abunda en estos géneros de monumentos; mas entre todos ellos hay uno cuyo nombre desde vuestra tierna infancia habeis oido pronunciar siempre con religioso respeto, y habeis repe-

tido vosotros mismos, siempre con tierno y ardoroso afecto. Existia no muchos años hace en la mas alta cumbre de este territorio un templo que la Santísima Virgen habia escogido para morada suya entre nosotros. Su elevación parece darnos á entender que esa Señora queria vivir allí apartada del bullicio del mundo; y que remontándose hácia el cielo, ella pretendia atraer hácia sí, y arrebatar consigo nuestros corazones. Colocada en los confines de las diócesis de Coria, Ciudad-Rodrigo y Salamanca, las tenia unidas como tres hermanas, con un lazo comun de caridad y de reciproca benevolencia: y no satisfecha aun con los cultos que venian á rendirle sus diversas poblaciones, llamaba tambien ante su Trono á un numeroso concurso de peregrinos que acudian del vecino reino de Portugal. Ya habeis comprendido, A. H. N., que os hablamos de la milagrosa imagen de Nuestra Señora de Francia, venerada sobre el risco titulado la Peña del mismo nombre.

Refieren las historias que allá hácia principios del siglo décimo quinto vivia en la ciudad de Paris un varon insigne, aun mas por su virtud que por su ilustre alcurnia, llamado Simon Vela, el cual, impulsado de su acendrada devoción hácia la Virgen Santísima, no cesaba de rogar á esta Señora le diese á conocer en qué cosa podria servirle, que fuese mas de su santísimo agrado. Cuando habiéndose quedado dormido una noche despues de la hora de maitines, oyó una voz que

le dijo: *Simon, no duermas; vete á la Peña de Francia, á las partes del Poniente, y alli hallarás la imagen de la gloriosa Virgen Maria.* Por tres veces sucesivas y siempre en términos mas apremiantes, se le repitió el mismo mandato; al cual obedeciendo este devoto siervo de aquella Señora, empleó siete años recorriendo primero los montes Piri-neos y luego varias provincias de España, en busca de la milagrosa imagen que se le anunciaba: hasta que atraído á esta ciudad de Salamanca por la fama de su célebre universidad y de las virtudes de sus habitantes, entre estos fácilmente encontró quien le guiara á la Sierra y á la Peña de Francia. Tres dias pasó el devoto peregrino entre aquellas escabrosas espesuras entregado á la oracion, al cabo de los cuales mereció que una nueva revelacion viniese á señalarle el sitio precioso en que debía encontrar sepultado el objeto sagrado de sus desvelos. Llamó para que le ayudasen á varios vecinos de los pueblos comarcanos, y despues de remover un gran número de piedras de tamaños desmesurados, logró descubrir la venerable imagen de la Santísima Virgen, con el Divino Niño Jesus en sus maternales brazos: descubrimiento que dicha Señora quiso solemnizar con la operacion de varios milagros obrados en las personas alli concurrentes. Tal es el relato que, aunque con mayor estension, hemos encontrado en autores de la mejor nota.

Aplicóse inmediatamente el V. Simon Vela á la construccion de una capilla en el mismo sitio donde se verificó la aparicion, denominándola de Nuestra Señora la Blanca, bajo cuyo título se conservaba no muchos años hace, manteniéndose aun en pie en nuestros dias sus muros en perfecta integridad. A su lado se construyó despues una iglesia y un convento, que por autoridad pontificia y licencia del Rey D. Juan II, fué ocupado por los hijos de la esclarecida orden de Santo Domingo en el año 1473. Alli habeis alcanzado muchos de vosotros á esos religiosos y experimentado su ar-

diente caridad, ya que concediesen generosa hospitalidad á cuantos acudian á tributar sus homenajes de amor y de veneracion á la Santísima Virgen; ya que, derramándose por los pueblos comarcanos, sembrasen la semilla de la palabra divina y prestasen los consuelos de nuestra Santa Religion entre sus honrados y pacíficos moradores.

Faltáronnos esos celosos colaboradores de nuestro árduo ministerio; mas no por eso se estinguió entre vosotros la devocion hácia la Virgen de la Peña de Francia. Bien patentes fueron los testimonios que de ellos nos disteis en el curso de la santa pastoral visita que en los primeros dias de nuestro pontificado giramos por esas escabrosas montañas, y que dejó en nuestro corazon tan hondas impresiones de vuestra fé, de vuestra piedad y de vuestro filial afecto. Sobrevinieron despues dias de turbacion; mas aun entonces, cuando la posesion de la milagrosa imagen era uno de los motivos de vuestras divisiones, entonces en medio del profundo dolor que estas causaban á nuestro corazon, no podíamos menos de experimentar algun consuelo al reflexionar que ellas nacian de vuestro celo por el culto de aquella Señora, por mas que su celo pudiera no estar en un todo ajustado á las reglas de la prudencia: y nos prometíamos que antes de mucho, esa misma Señora, al mirar por la restauracion de su culto hasta el punto de esplendor con que le era tributado por nuestros mayores, habría tambien de allanar los caminos por donde volviéseis todos á la paz, á la union, á la verdadera caridad fraterna que siempre debe reinar entre pueblos tan estrechamente unidos por todos los vínculos de los intereses así religiosos como sociales. Nuestras esperanzas se han realizado. El gobierno de S. M. ha sabido interpretarlas y satisfacerlas, como vereis por la Real orden que á continuacion mandamos insertar: y los Prelados de las tres diócesis de Coria, Ciudad-Rodrigo y Salamanca, al aceptarla con sincero y unánime consentimiento, hemos creído que el medio mas

propio y mas eficaz de cumplir los deseos de nuestra augusta soberana será el de trasladar la imágen de la Virgen Santísima de Francia á su antigua capilla de la Blanca, la misma donde se verificó su aparicion, sobre el elevado risco que todos conoceis, aprovechando la parte del edificio que aun se conserva. Están tomadas todas las medidas para la realizacion de este proyecto; y solo falta para su ejecucion y aun para darle mayor amplitud si posible fuese, que vosotros vengais á ayudarnos con el socorro de vuestras limosnas, conforme se ha comenzado ya á verificar en las otras dos diócesis.

Acudid, pues, con vuestras ofrendas: el que tenga poco con poco, y el que mucho con mucho. Pero todos á la par con generosa prontitud: con aquella alegría no fingida que nos recomienda el Apóstol cuando nos dice: *hilarem datorem diligit Deus*: que Dios ama al que dá alegremente. Mas aun no se contenta Dios con el tributo de vuestros bienes terrenales; os pido ademas el de vuestros corazones. Dásele tambien, deponiendo con sinceridad todo resentimiento de discordia que entre vosotros haya reinado antes de ahora. Solo así podrán ser aceptables vuestras ofrendas á sus ojos y á los de su Santísima Madre: solo así os concederá el Señor las bendiciones que están prometidas á los pacíficos, y Maria Santísima las recompensas que ella promete á sus verdaderos devotos, segun las palabras del sagrado testo que á ella misma aplica nuestra santa madre la iglesia. *Qui elucidant me, vitam æternam habebunt*. Los que me esclarecen tendrán la vida eterna. Tal es la bendicion que os desea vuestro pastor y padre en Nuestro Señor Jesucristo.—Fernando, obispo de Salamanca.—Dado en nuestro palacio episcopal de Salamanca dia de la Invenzion de la Santísima Cruz 3 de mayo de 1857.—Por mandado de S. E. I. el obispo mi señor, Dr. D. Marcial de Avila, canónigo secretario.

Real orden que se cita.—Excmo. se-

ñor: El Sr. Ministro de Gracia y Justicia dice con esta fecha al M. R. arzobispo de Santiago lo que sigue: «En vista de varias esposiciones elevadas á este Ministerio por los ayuntamientos de Sequeros, la Alberca, Cáceres, Maillo, Moras Verdes, Monsagro y algunos vecinos de Cabezo con motivo de las contiendas suscitadas entre los respectivos pueblos sobre posesion y propiedad de la imágen de Nuestra Señora denominada de la Peña de Francia, la Reina (Q. D. G.) de conformidad con lo consultado por la Cámara del Real Patronato, ha tenido á bien mandar que la imágen sea devuelta al Santuario que antes ocupó en la cima de la montaña, ó á una ermita que se construya en su falda, estableciendo dos ermitaños y un capellan que la custodien, y al propio tiempo se ha servido ordenar que los RR. obispos de Salamanca y Coria y gobernador eclesiástico de Ciudad-Rodrigo poniéndose de acuerdo entre sí, y en lo que conceptúen necesario con los gobernadores de Salamanca y Cáceres, procuren llevar á cabo este pensamiento que S. M. espera sea bien acogido por los pueblos de la Sierra, apresurándose á la mas leve indicacion á contribuir á la reparacion del templo, ó á la construccion de la nueva ermita, y á sostener el culto con oblaciones voluntarias.» De Real orden comunicada por el espresado señor Ministro lo traslado á V. E. para los efectos consiguientes. Dios guarde á V. E. muchos años. Madrid 10 de abril de 1856.—El Director general, Miguel Ortiz.—Sr. Obispo de Salamanca.

(El Católico.)

Del *Boletín Eclesiástico* de Salamanca de 7 del actual tomamos lo siguiente:

«S. E. I. salió de esta ciudad el dia 4 para continuar la santa visita de su diócesis. Segun el itinerario formado estará ausente de esta capital seis dias, en los cuales visitará las iglesias y pueblos siguientes:

Dia 4, Canillas de abajo y Navas de Quejigal. 5, Tabera de abajo y Aldehuela de la Bóveda. 6, Rodas Viejas, Buena

Medre y Garcirrey. 7, Cabeza de Diego Gomez y Porqueriza. 8, Mata de Ledesma y Golpejas. 9, á Salamanca.

«*Administracion económica de esta diócesis.*—Habiendo acudido esta administracion al gobierno de S. M. haciendo presente lo perjudicial que sería para el ramo de Cruzada el medio adoptado en el pueblo de Forfoleda por Fernando Zarzoso, bulero nombrado en el año pasado de 1856, quien no quería ceder las bulas á los vecinos si antes no entregaban la limosna; cuya disposicion es enteramente contraria á la práctica seguida de tiempo inmemorial en esta diócesis, S. M. (Q. D. G.) se ha dignado resolver lo siguiente:

«Excmo. señor: El señor ministro de Gracia y Justicia dice con esta fecha al gobernador de la provincia de Salamanca lo que sigue: «En vista del espediente »instruido en este ministerio con motivo »de los medios adoptados en el pueblo de »Forfoleda por Fernando Zarzoso, para »esponder las bulas, S. M. la Reina »ha tenido á bien mandar que continúe »rigiendo sin la menor alteracion la prác- »tica seguida constantemente en esa dió- »cesis respecto á la distribucion de los »sumarios de la bula. De Real orden co- »municada por el espresado señor minis- »tro lo traslado á V. E. para los efectos »correspondientes. Dios guarde á V. E. »muchos años. Madrid 14 de abril de »1857.—El subsecretario, Fernando Al- »varez.—Sr. Obispo de Salamanca.»

»Lo que se anuncia en este Boletín á fin de que los señores párrocos y demás encargados de las iglesias, cuiden de que no se haga novedad en este particular y si en algun pueblo de la diócesis alterasen la práctica establecida para la espendicion de sumarios, reclamen de la autoridad local el cumplimiento de esta soberana disposicion, dando cuenta del resultado á esta administracion para los efectos consiguientes. Salamanca 1.º de mayo de 1857.—Adrian Mirat.—Insértese.—De orden de S. E. I., Doctor Avila, canónigo secretario.»

(*El Católico.*)

CONFERENCIAS

PREDICADAS EN LA CATEDRAL DE PARIS,
durante la última cuaresma,
POR EL P. FELIX, JESUITA.

Conferencia I.

La concupiscencia de la carne, la concupiscencia de los ojos y la soberbia de la vida, son los obstáculos del verdadero progreso.

I.

Hay en la Sagrada Escritura una palabra cuyo sentido profundo el siglo va perdiendo de dia en dia, y sin el cual jamás alcanzaremos la inteligencia del *progreso*; porque esa palabra reasume en un compendio divino todos los obstáculos al progreso moral, condicion necesaria del verdadero progreso. Esa palabra es la *Concupiscencia*. Todo cuanto hay en el mundo, dice San Juan, es concupiscencia de la carne, concupiscencia de los ojos y orgullo de la vida.

La palabra concupiscencia tiene en los libros de la humana filosofía sentidos muy multiplicados, de que no es preciso que yo me ocupe; porque yo tomo aquí esta palabra en el sentido que la dá la Escritura en el célebre testo que acabo de citar, y en este otro que encierra toda la filosofía del hombre. «Cada uno es tentado, arrastrado, seducido por su propia concupiscencia.» La concupiscencia tomada en esta acepcion eminentemente bíblica, no es otra cosa que el foco de las pasiones humanas; es las pasiones mismas, pero las pasiones en tanto cuanto se desvian de su fin é impulsan á los desórdenes. La concupiscencia en una palabra, *son las pasiones dirigidas contra su propio fin.*

Ved ahí la hidra siempre viva que arruina vuestras virtudes y devora vuestros progresos; hidra terrible, desencadenada sobre el mundo por la caída original, que volviendo contra su propio fin las pasiones dadas al hombre para conducirle á Dios, lanza al seno de la socie-

dad ese antagonismo del verdadero progreso humano. Ved ahí el obstáculo al progreso moral, y lo que yo llamo *la fuerza retrógrada* para poner la palabra en relación con la idea que voy desarrollando. Esto es lo que vais á ver en el presente discurso de una manera mas general y lo que vereis mas detalladamente en los discursos sucesivos.

La concupiscencia es en la humanidad *la fuerza retrógrada*, porque por su misma naturaleza ella *retrograda* y todo lo lleva en sentido opuesto á nuestra marcha progresiva y por el movimiento que imprimen á la humanidad, las ideas, las afecciones y la acción, es decir, el hombre todo marcha, alejándose del fin del verdadero progreso, hacia la inevitable decadencia.

II.

El primer efecto que produce en la humanidad esta fuerza retrógrada, es trastornar los juicios y sembrar la perturbación en el orden de las ideas.

Hay una cosa que es necesaria ante todo para la realización del progreso humano; la percepción clara y distinta, la inteligencia universal de las grandes verdades que son el resorte del movimiento y el apoyo de la vida moral de las naciones. Las sociedades en los diversos periodos de su vida cumplen una especie de revolución alrededor de ciertos principios inmutables de justicia, de orden y de armonía. Cuando la humanidad atiende y busca estas verdades cuyo vínculo eterno es Dios mismo, entonces las generaciones suben y este es el progreso; por el contrario; cuando la humanidad las pierde de vista y se aleja de ellas, entonces las generaciones descenden y esta es la decadencia. Los cuerpos cumplen alrededor de sus centros, movimientos necesarios. Las almas cumplen alrededor de estos principios movimientos libres.

Estas ideas ¿qué son? son las que determinan las relaciones esenciales entre el Criador y la criatura: un Dios personal, infinito, libre, creador y providencia general para el conjunto de los

seres creados, providencia especial para cada ser en particular, la vida futura, la inmortalidad, las recompensas y los castigos eternos, única sanción suficiente á la ley moral: la adoración, las oraciones, el culto, la religión verdadera, es decir, lo que pone al hombre en comercio eficaz con Dios; Estas ideas ¿qué son? son las que establecen relaciones necesarias entre los hombres: la obligación de obedecer á las potestades legítimas y establecidas, la justicia distributiva, el respeto al derecho de otro, la jerarquía social encontrándose sin escluirse, con la igualdad natural, la ley natural, regla infalible y medida eterna de todas las leyes concernientes al progreso de la sociedad.

¿Estas ideas ¿qué son? Son todo lo que establece el orden en el hombre mismo: la distinción sustancial del cuerpo y del alma, la dependencia jerárquica entre el uno y la otra, la diferencia esencial entre el bien y el mal gravada en el fondo de la conciencia, la libertad moral, la responsabilidad individual, la obligación de resistir á las pasiones, de gobernarse por el deber y no por los instintos, la necesidad de poner á la familia sobre el hombre, á la sociedad sobre la familia y á Dios sobre todo.

Tales son en compendio las grandes verdades conservadoras del orden moral, verdades realmente progresivas á que la humanidad sin cesar debe atender para mas aproximarse á ellas en las realidades de la vida.

Pero entre estas verdades imperecederas, centros fijos á cuyo alrededor la humanidad cumple sus marchas progresivas, hay una que es como el centro de todos los centros, punto culminante y eminentemente central hácia el cual debe dirigirse, y propender siempre para marchar al progreso; *la idea del fin último*. Esta idea con relación al progreso moral y á todos los progresos que dependen de él, es la idea madre, es la idea principal, ella constituye en cierto modo, con la idea de origen, el eje del mundo moral, ella es la estrella polar del verdadero progreso que hace marchar al mundo.

Nosotros lo hemos establecido ya: todo progreso es una marcha hácia el fin, y no hay progreso posible sino á condicion de que todo marche con órden hácia el fin último. Si se admitiera por un instante que un movimiento de la vida, desviándose de su fin supremo, pudiera ser un progreso; ya no habria posibilidad de entenderse sobre el sentido de esta palabra: *el progreso*. Para realizar el progreso podeis dar á todas vuestras tentativas la importancia que querais; podeis inventar para denominarle ante la multitud los nombres mas ilustres, pero si en todo y por todo no atendeis ni buscáis el fin, no subiréis realmente: el fin está en lo alto, quien á él no mira para subir á él, en vez de subir, desciende.

¿En qué consiste, pues, que los hombres pierdan de vista estos principios eternos que arreglan y mudan nuestros progresos en el tiempo? ¿Qué es sobre todo lo que hace desaparecer á nuestra vista ese astro mas luminoso, de mas atraccion que los demás, que iluminando nuestro camino, nos atrae hácia él con un progreso que debe consumarse en el fin último? ¡Ah, señores; una cosa sola, *la concupiscencia*.

Cuando ella toma posesion de los pueblos y desencadena sobre el mundo las tres grandes pasiones que la componen y son su vida, cuando el mundo en que reina como soberana ha llegado á ser lo que la Escritura llama tan perfectamente *Concupiscencia de la carne, concupiscencia de los ojos, orgullo de la vida*, entonces el mundo se agita y la oscuridad se introduce en las almas. Ayer la concupiscencia estaba aun vencida, las pasiones eran obedientes, la vida era radiante, las ideas reinaban en el fondo de las almas como estrellas puras en el fondo del firmamento, se veia su órden, su armonía y su fizeza, y al resplandor de su luz podia caminar hacia las encantadas riveras del progreso; hoy ha vencido ya la concupiscencia; la voluptuosidad, el orgullo y la codicia, han oscurecido la atmósfera de las almas con su soplo venenoso: el fuego de la concupis-

cencia ha caido por todas partes y se ha adherido á todas las cosas, y por todas partes y de todas partes ha salido un humo espeso semejante á ese humo del abismo que oscurece el sol; el sol ha desaparecido en efecto, y ya no queda mas que la noche; noche de borrascas en que apenas se ven las estrellas.

Si la humanidad en esta noche tenebrosa en que vaga con incertidumbre, entrevee aun algunas ideas, estas ideas inciertas, flotantes, nebulosas no le sirven para guia de sus caminos.

Entonces vienen esos dias nefastos en que los hombres, no sufriendo ya las sanas doctrinas, se hacen á merced de sus deseos doctores que halagan sus orejas, y las almas cerradas á la voz de las verdades sencillas é inmortales que sostienen al mundo, retroceden á las fábulas inventadas antes para saciar todos los instintos perversos. Entonces aparecen hombres como los que hemos visto en estos últimos tiempos, apóstatas de la verdad, con el alma abierta á los espíritus del error y atentos á las enseñanzas del demonio. Entonces acuden de todas partes los impíos que niegan á Jesucristo Dios, que hacen servir los dones y la gracia de Dios á la práctica de la lujuria; manchando su propia carne, despreciando la dominacion y blasfemando de la magestad, sin temor de Dios, embriagándose en los goces y anegándose en los placeres, doctores estraños que el Apóstol no sabe como llamar y llama al mismo tiempo nubes sin aguas, nubes disipadas por los vientos; olas del mar enfurecido que arrojan á la playa la espuma de sus confusiones y de sus torpezas, árboles sin frutos dos veces muertos y dos veces desarraigados, astros errantes, genios separados de su centro y que solo tienen poder para las aberraciones, espíritus verdaderamente *desarraigados* arrancados de sus propias bases y puestos por la concupiscencia en lucha y en antagonismo con el sentido comun; con el génio de la humanidad. Entonces es cuando los grandes errores se sientan, y se proclaman con audacia, con la publi-

cidad de las inteligencias consternadas ante el reino del absurdo, de la mentira y de la blasfemia.

Los lógicos vienen entonces y dicen: Entre el bien y el mal no hay mas que una diferencia nominal. Lo inmutable es un contrasentido, lo absoluto no existe, no hay mas que lo relativo enternamente variable; lo que hoy es verdadero puede ser falso mañana. Los moralistas vienen y dicen: Todas las pasiones son santas; todos los instintos son legítimos, la represión es un crimen, el antagonismo un error, la lucha una locura. En el hombre no hay mas que la armonía y la libre expansión es la única ley de la humanidad.

Los reformadores vienen y dicen: La desigualdad es una tiranía la gerarquía un despotismo, las riquezas una usurpación. El despojo es justo, la propiedad es un robo, el gobierno es la anarquía. Los metafísicos vienen y dicen: El paraíso es un *myto*, el infierno es un espantajo, ni hay infierno, ni paraíso; el infierno es la miseria del pueblo sobre la tierra, el paraíso son los goces.

En fin vienen los teólogos y dicen: Dios es la naturaleza, Dios es el gran todo, Dios es la ley de los mundos, Dios es la humanidad, Dios es yo mismo, y elevando siempre hasta la última potencia el absurdo y la blasfemia, concluyen por decir, *Dios es el mal*.

Aparece por todas partes un trastorno radical en el mundo de las ideas; y no solamente quedan alteradas las nociones de las cosas, sino que quedan destruidas. Se llama verdad al error; se llama error á la verdad; bien al mal y mal al bien: la noche dice, yo soy el día; y la noche dice al día, tu eres la noche. Las palabras mienten á las ideas, las ideas mienten á las palabras, y las cosas á su vez parece quieren mentir á los hombres y á Dios. Digámoslo á la letra, *las inteligencias están trastornadas*. Para colmo de esta miseria intelectual, se llama progreso á este trastorno del buen sentido, y se llama sabiduría á este reinado de la locura.

¡Horas fúnebres en la vida de las na-

ciones en que la corrupción general produciendo en todos y en cada uno como un vértigo universal, dá á la tierra el espectáculo de un pueblo loco! Si, señores como la concupiscencia produce el vértigo en un hombre y puede arrastrarle hasta la locura, así tambien produce el vértigo en un pueblo hasta herirle con la locura. Locura de los hombres ó locura de los pueblos, locura individual ó locura colectiva, siempre es una misma cosa, es decir, la concupiscencia, ó el reino de las pasiones perturbando el mundo de las ideas, trastornando las ideas y retrograndando los espíritus.

Entonces se realiza esta palabra de la Escritura, *Non est intelligens neque requirens Deum*. Nadie comprende ya, ni el misterio del fin último, ni el misterio del progreso. Nadie busca ya á Dios que es su término y consumación. Todos se desvian de su fin, todos han declinado. La naciones están agitadas y los reinos en decadencia.

III.

Pero la concupiscencia no solamente trastorna las inteligencias, sino que trastorna los corazones sobre todo en sentido retrogrado. Al mismo tiempo que oscurece el cielo de las ideas, robando á las miradas de la humanidad los principios eternos alrededor de los cuales se cumple el movimiento del progreso y sobre todo la idea del fin último, introduce en el fondo de los corazones una depravación que los precipita hacia decadencias aun mucho mas profundas.

Estamos, Señores, en el corazón del sugeto y vamos á tocar al punto generador de todos los progresos y de todas las decadencias, dignaos aumentar vuestra atención.

Progreso en su nocion mas simple y mas profunda es todo lo que aproxima la humanidad á Dios, porque Dios es centro, Dios es fin, y Dios es corona de todo. No es, pues movimiento progresivo, sino aquel que hace subir al hombre hacia Dios y hace asimilar mas la vida huma-

na á la vida divina. Si el progreso es otro, yo no puedo comprenderle, y esta gran palabra no sería mas que una bandera de irrisión que los pueblos degenerados levantan sobre sus cabezas para descubrir sus degradaciones. Pero haga todo cuanto quiera el error por alterar el verdadero sentido, la noción del progreso no perecerá; permanecerá siempre delante de la razón como delante del evangelio, eso que nosotros hemos llamado *la libre gravitación de la humanidad hácia Dios*.

El problema radical del progreso está reducido á saber por donde se alejan ó se aproximan los hombres á Dios. ¿Qué es lo que hace gravitar al hombre y á la sociedad hácia Dios? ¿qué es lo que aleja al hombre y á la sociedad de Dios? Ya lo veis, en la cuestión presente es imposible tocar al fondo del sugelo de un modo mas decisivo. Pues bien, señores; he aquí nuestra respuesta á esta cuestión que debe decidir con el progreso moral todos los progresos. Lo que hace gravitar al hombre y á la sociedad hácia Dios es el vencimiento de la concupiscencia. Lo que aleja al hombre y á la sociedad de Dios es la concupiscencia triunfante.

Hay en la vida del hombre como hay en los cuerpos, aunque de una manera diferente, lo que se puede llamar un centro de gravitación, y así hay progreso ó decadencia; segun que por este centro vital el hombre tienda á su centro supremo ó se aleje libremente de él.

¿Cuál es este centro y qué nombre le daremos? ¿Cómo llamáis vosotros á lo que en vuestra vida contiene todo el movimiento de la vida? *El corazón*, el corazón, doble foco de mi vida moral y de mi vida física, hé ahí un centro de gravitación. Yo sé que hay sabios que combaten la soberanía que los pueblos atribuyen *al corazón* y que quieren destruir lo que llaman prestigio y poesía del corazón. No dejemos á la fisiología el derecho de detenernos en el camino; si la palabra es controvertible, dejemos la palabra, no hablemos ya de corazón, pero hablemos de la realidad poderosa que queremos indicaros por esta palabra y digamos. En

el centro de la vida humana hay una cosa que con su movimiento dá impulso á toda la vida. Esa cosa que los impuros han profanado, pero cuyas profanaciones no pueden impedir á la palabra sagrada pronunciar su nombre, es *el amor*. Si, el amor, ved ahí el centro de la gravitación humana.

En una parte es la vision que parte de las alas de las inteligencias, esta luz de la vida, en otras es la dirección que parte del dominio de la voluntad, este gobierno de la vida; allí en lo mas profundo y en lo mas íntimo de nuestro amor, reside el impulso de la vida. La inteligencia mira, la voluntad manda y el amor marcha. El amor aspira, el amor llama, el amor se lanza, el amor se precipita, en una palabra el amor gravita llevando consigo todo lo que gravita alrededor de él. ¿Veis el cuerpo que rueda? Adonde quiera que va, va arrastrado por su peso: ¿veis mi vida que marcha por donde quiere que yo voy? pues es mi amor el que me lleva. *Quocumque feror, amore feror*. Voy al Oriente y el amor me impele, vuelvo al Occidente y el amor me trae, voy al Mediodia y el amor me grita, vamos á ver los zonas ardientes del Ecuador, voy al Norte y el amor me dice, vamos á mirar el cielo mágico de las auroras boreales. Quiero gozar, y el amor me grita, vamos á sumergirnos en el rio del placer: quiero sufrir y crucificarme, y el amor es quien me dice subamos al Calvario, vamos á llorar á los pies de Jesucristo. El amor está en todas partes; el amor es siempre mi impulso, mi fuerza y movimiento. Yo no me admiro de esto, porque este amor que yo llevo en mí, ó mas bien, este amor que me lleva á mí, es el peso de mi vida, es decir, es mi misma gravitación en el sentido mas estricto y riguroso.

(Se continuará.)

TOLEDO.

IMPRESA DE SEVERIANO LOPEZ FANDO,

CALLE ANCHA NUM. 34.